

milia, perturbar con las quintas las aldeas, condenar á forzoso celibato la flor de la juventud, empobrecer y arruinar el contribuyente, hollar la libertad humana en todas sus manifestaciones, no podemos dejar de preguntarnos cuántos males puede sufrir esta humanidad que toma siempre por utopía la realidad del bien, el reinado de la justicia. En Francia la ley militar es impopularísima. Con ella el Imperio hería las fibras del corazón de aquellas clases que le eran más adictas, las fibras del corazón de los campesinos. Estos veían claramente en la brutalidad de los hechos, que el primer Imperio concluyó por dejar caer Francia al pié de los cosacos; y que el segundo Imperio concluye por convertir Francia entera en un grande campamento, los ciudadanos en soldados. Así es que se notaba un vivo despertamiento político, una gran nostalgia de la libertad, esa patria del alma. En 1851, cuando Francia se entregó al Imperio, estaba cansada de una libertad que por nuestros errores, por los errores de los republicanos, errores que debemos confesar para en lo sucesivo evitarlos, se había convertido en una especie de tempestad incesante, en una especie de oligarquía mezclada con otra especie de dictadura. Con razón ha dicho un periódico inglés que jamás ningún pueblo puso tanto empeño en conquistar la libertad como puso Francia en abdicarla. Pero los errores, como los crímenes, se expían. Y la expiación de los pueblos suele á veces durar siglos enteros en la solidaridad inevitable de las generaciones. Mucho tiempo ha tardado Francia en comprender el error que cometió empezando por no usar bien de la libertad, y concluyendo por abdicarla; pero como la inteligencia francesa es tan viva, y el carácter francés tan vehemente, como esta inteligencia y este carácter tienen una tan grande necesidad de difundir, de propagar la luz de sus ideas y el calor de sus sentimientos, esperábamos con fundamento entonces que no tardaría mucho tiempo en reivindicar este pueblo

su perdida libertad. Lo cierto es que esa cifra de sesenta diputados que se oponen á la ley del armamento militar, debió haber llamado vivamente la atención del Emperador, y mostrarle cómo entraba la marea de la oposición hasta dentro de los mismos diques, levantados para evitarla. El disgusto se manifestaba en el seno mismo de la familia de Bonaparte, que debiera ser primer apoyo de la autoridad del Imperio. El Príncipe Napoleón escribió un folleto sobre la política imperial, tan acre y de tan vivaz estilo, que los periódicos á su persona más afectos, no se atrevieron á publicarlo, por temor de atraerse las iras de las Tullerías. Los departamentos comenzaban á clamar contra la nueva contribución de sangre. Bourges, ciudad muy reaccionaria, se quejaba de las consecuencias de su política favorita. Los Bajos Pirineos mandaron una fuerte protesta á sus representantes en el Cuerpo Legislativo. Dos distritos, vencieron por una grande mayoría á los candidatos oficiales. La ciudad de Lila, que tan ardientes manifestaciones de simpatía consagrara al Emperador en uno de sus últimos viajes, consagraba á la sazón sus votos á un candidato republicano. Nadie quiere ni la paz armada que arruina, ni la guerra á toda costa que mata. Francia está ya desencantada de ejércitos innumerables y de armas de todos calibres, de aumentos territoriales que solo sirven á ensanchar el calabozo donde yace aprisionada la libertad, el cadalso donde se decapita la conciencia; y suspira por aquel inmenso influjo que le dió en el mundo su gran carácter de nación propagadora de esa idea democrática que su ardiente palabra ha impreso en las conciencias.

Pero el Imperio se empeñaba en armar á Francia para apartarla de la idea de libertad; en conducirla á los azares de la guerra para separarla de los comicios de la democracia; en deslumbrar sus ojos con el fuego de los combates para que no viese la luz de las ideas, y el último eslabón de esta serie de errores se perdía en los insondables senos del abismo.

## CAPITULO LXXI.

### LOS PRIMOS DEL EMPERADOR.

Celebróse en Roma, por estos años de decadencia, una ceremonia que recordaba los tiempos de la Edad Media, pero que tenía indudable trascendencia al porvenir. Tratábase nada ménos que de la investidura cardenalesca de un príncipe de la familia Bonaparte. La ceremonia fué, como son todas estas ceremonias, llena de fórmulas ridículas, enmascarada por un lujo asiático, ajena á la humildad de aquel que vivía en el desierto, y amaba más el templo del espacio, donde los seres elevan sus eternos cánticos de alabanza al Creador, que todos los templos de piedra levantados por el orgullo humano. Un alma grave no se detiene ante la carroza dorada y el caballo enjaezado, y la púrpura recamada de armiño y los cincuenta mil francos de propinas con que el nuevo cardenal saluda á sus felicitantes, á la manera que un patricio de la antigua Roma á sus parásitos y á sus clientes. Ya sabemos que quince siglos de cristianismo han sido impotentes para expulsar de Roma la antigua idea pagana, á pesar de haberla declarado muerta, los senadores

trémulos bajo la imperiosa espada de Teodosio. Pero la ceremonia de entonces significaba una cosa muy grave; significaba que acaso habían hallado los eternos intrigantes del Sacro Colegio un sucesor á Pio IX, y que acaso la familia Bonaparte pretendía sentarse á un tiempo en el trono material y en el trono espiritual más poderosos de Occidente; en el trono de Francia y en el trono de Roma. Y si en aquel día, el descendiente de Luciano Bonaparte, desde San Pedro, hubiera hecho á Napoleón III los servicios que su antecesor hizo en las Asambleas políticas á Napoleón I, podría verse de un golpe suprimida esa separación entre el poder espiritual y el poder temporal, que ha sido la obra por excelencia del Cristianismo.

El sueño de Carlo-Magno ha electrizado siempre la conciencia de los Bonapartes: un imperio con dos cabezas, en una la corona, en otra más baja la tiara, acallando todas las voces de la conciencia, reprimiendo todas las fuerzas de la libertad, para fundar en Europa, ó al ménos en la Europa latina, un solo

pueblo, un solo código y una sola fé. Pero ¡ah! que la idea germánica de la variedad, por la cual se ha salvado el mundo de la vieiosa absorcion en la idea latina de la unidad, está aún fuerte, poderosa, en las conciencias que quieren ser libres y en los pueblos que quieren ser independientes. Pero esta universalidad de sentimientos, contra la cual se estrellaria el ideal del segundo Imperio como se estrelló el ideal del primero contra las piedras de Zaragoza y contra los hielos de Rusia, era nuestra seguridad respecto al peligro, pero no respecto al proyectó. Un poder absoluto es capaz de idearlo todo en sus vertiginosas alturas y capaz de hacerlo todo en sus horas de orgullo. ¿Seria esto más descabellado que la expedicion á Méjico? La guerra franco-prusiana y la revolucion de Setiembre libertaron al mundo de este escollo.

No se puede mencionar la guerra sin mencionar Alemania, ni Alemania sin mencionar á Prusia, ni Prusia sin mentar las maniobras del príncipe Napoleon, que por Marzo de 1868 verificaba misterioso viaje. En verdad no tuvo éste ningun ministerio político, ningun fin diplomático en su larga excursion. El Emperador lo envió para cerciorarse del estado de los ánimos en Alemania y de las corrientes de la opinion pública. No habia necesidad de tomarse este trabajo. Con solo ver las poesías más populares, con solo hojear las historias más leídas, con solo meditar los filósofos más ilustres, puede comprenderse que habia en Alemania una opinion vigorosísima, deseosa de constituir la unidad de la pátria sin romper el lazo de la federacion; sin perderse en este monstruoso cesarismo, ante el cual ha sacrificado tantas veces sus libertades Francia. Cinco horas de conversacion tuvieron Napoleon y su primo el príncipe Gerónimo. Las ideas del Palais-Royal trascendian á todo el mundo, así como se ocultaban las ideas de las Tullerías á los ojos de todos. El Príncipe dijo á su primo que Alemania está decidida á romper las tres tutelas oprobiosas bajo las

cuales se ha sofocado su génio nacional: la tutela austriaca tradicional é histórica, la tutela francesa, que la oprimió durante el Imperio, y la tutela moscovita, que tantas veces se ha extendido como una sombra de muerte sobre sus aspiraciones liberales. La fuerza relativa de Prusia y Austria ha consistido en que las dos eran las potencias más fuertes de Alemania, y por consecuencia las más idóneas para realizar este pensamiento nacional. Mas en tanto que el Austria, compuesta de diversas razas, forzada fatalmente á disciplinarlas y regirlas por el látigo, aparecia dentro de sí como una potencia inmóvil y asiática, fuera de sí como un caos de razas; la Prusia, fundándose en la idea nacional, creciendo por grados desde el pobre electorado de Brandeburgo, representa con más fidelidad que el Austria el génio germánico en toda su nativa originalidad. La política de Bismark es clara. La union militar de Alemania está realizada por el tratado de alianza y la unidad mercantil se concluirá por el parlamento aduanero. En cuanto al Sur, su confederacion se ha desvanecido como sueño de una noche, como la ilusion de un dia. Prusia no admitirá al Sur en su confederacion sino cuando lo pida, cuando resueltamente lo desee. Pero hay un medio de que la unidad alemana se realice con la rapidez del pensamiento, y es que Francia la combata con la fuerza de las armas. Por consiguiente, la paz á toda costa y el desarme general á toda prisa deben ser las dos bases de la política europea. Hé aquí las ideas capitales traídas por el Príncipe Napoleon de su viaje.

Pero hay dos cuestiones que indudablemente son dos sombras muy espesas en este cuadro. Es la una la cuestion de Oriente; es la otra la cuestion de Polonia. Los pueblos cristianos de Oriente no pueden llevar por más tiempo la marca infame de la media luna. Y se retorcerian todos los dias con grandes dolores bajo su presente ignominia. Y estos esfuerzos, como las erupciones de un volcan

terriblemente conmoverán la tierra. Y la sacudirán en estremecimientos espantosos. Y el Emperador de Rusia acaba de rusificar la Polonia, acaba de destruir hasta el nombre sagrado de ese pueblo. Podrá borrarla; podrá arrancar su nombre de su memoria; pero Polonia permanecerá á sus piés inmortal en sus tormentos y en sus patíbulos, porque la muerte no llega hasta su alma.

Todas estas cuestiones fueron dilucidadas y controvertidas por César y príncipe en largas conferencias. Se podria formar un diccionario con las frases que se consagraron al Príncipe Napoleon. Quién le llamaba el príncipe rojo, quién el príncipe de la Paz, quién el comis-vogayeur de L'Empire. Un periódico francés dice, que cierto actor austriaco llamado Valiente, se parece mucho al príncipe Napoleon. El parecido es tan grande, que el actor topaba á cada paso con ovaciones á las cuales ni en el teatro se hallaba acostumbrado. «No le ha valido poco, dice el periódico francés, tal *quid-pro-quo*. Es la primera vez que han confundido al actor con un príncipe, y al príncipe con un valiente.» Desde luego hay en este individuo de la familia imperial cierto carácter inquieto, cierto deseo de ensayar su actividad febril en el dilatado campo que le ofrecen las cuestiones políticas europeas, esta madeja de pensamientos y de hechos, cada una de cuyas hebras tiene cien mil nudos. Ya que no reinar se contentaba su alteza imperial con darse aires de rey, arreglando las más intrincadas y las más difíciles cuestiones diplomáticas. Vió el Imperio aislado, su política mal comprendida, la guerra amenazante, el Austria inclinada hácia Prusia, el Oriente en gravísimas complicaciones, más irritada cada dia Alemania; y se fué, especie de peregrino político, en busca de las mejores soluciones como Gerónimo Paturot en busca de posicion social. Pero el príncipe no tiene criterio fijo, ni idea precisa y determinada en política. Unido á una poderosa dinastía, y antiguo amigo de todos los revolu-

cionarios del mundo; príncipe de sangre imperial y demócrata de convicciones liberales; deseo de servir el Imperio por servir su interés y tambien de derribarlo por ensanchar el horizonte de sus ambiciones; individuo de la familia real italiana y amigo ahora de la Imperial familia de Austria; deseo de la unidad alemana á la cual ha contribuido con sus manejos diplomáticos y apesadumbrado por el aumento de Prusia que ha traído la disminucion de Francia; aspirando á una corona en Polonia pero sin atreverse á trabajar en la obra de sus aspiraciones por temor á Rusia; el príncipe Napoleon es un conjunto de vivas contradicciones; un candidato al poder que no sabe por qué camino marchar; si por el camino de los tribunos ó por el camino de los Césares. Hubo un tiempo en que acarició la idea de suceder á su primo. Entonces pronunciaba discursos tribunicios. Pero luego se ha convencido completamente de que no tiene ni un partidario en los diversos bandos políticos, ni un sargento en el ejército. Así dióse en las postrimerías del Imperio á errar por el mundo. De tarde en tarde volvía á París. Pero se notaba que ora vendía sus cuadros, ora sus caballos; como si se apercibiera á un largo viaje. En Suiza tiene su retiro.

Mas verdaderamente yo ignoro qué se propuso con esta larga peregrinacion como no fuera procurarse los esparcimientos naturales del viaje. Es muy hermoso un viaje á Oriente, el espectáculo del ancho Danubio, las colinas del serrallo sembradas de jardines, el Bósforo, en cuyas celestes aguas se miran Europa y Asia, el cielo azul sembrado de estrellas del Oriente. Esto es muy bueno para la poesía. Pero en política poco podia hacer, muy poco el príncipe con tal viaje. Cada una de las grandes naciones tiene ya su alianza y su línea de conducta. Austria pugna por recuperar con el espectáculo de su reciente libertad el perdido influjo en Alemania, y Prusia por conservar y agrandar el suyo, mientras que el Oriente

atiende á su verdadera protectora, la poderosa Albion. La diplomacia del príncipe en este concierto de la política europea era tan inútil como una paja arrojada en medio del armonioso concierto de los mundos. Hubo quien le atribuyó la paz de aquel año, la inteligencia entre el Gabinete de Viena y el Gabinete de París, las grandes conciliaciones á que llegaron los ministros de Hungría con los ministros de Austria, una pausa en el movimiento de Bohemia hácia su independencia, ese movimiento necesario como el curso de los rios, obra de las leyes generales de la mecánica social. Pero yo creo que ni á la paz ni á la guerra contribuye la política del Príncipe Napoleon. La guerra universal fué inminente cuando Prusia, vencedora en Sadowah, dividió á su antojo la Alemania. Entonces Drouyn de Lühys propuso en Consejo de Ministros la declaracion de guerra que fué aceptada por unanimidad. Cada ministro se repartió uno de los diversos trabajos preparatorios de esta grande empresa. El ministro de Hacienda debía proveer de fondos, el ministro de Estado reunir el Cuerpo Legislativo, el ministro de la Guerra lanzar ciento ochenta mil hombres sobre el Rhin, el ministro de Negocios Extranjeros informar al Cuerpo diplomático de la suprema resolucion de Francia. El Imperio recobraba su vigor, y volvía á entrar como un astro de primera magnitud en los negocios del mundo, sobre todo, si era su audacia coronada por la victoria. Drouyn de Lühys, cuya idea no habia encontrado oposicion, empleó veinticuatro horas en redactar su nota guerrera. Pero al dia siguiente le llamó el Emperador y le dijo que el ministro de Hacienda no contaba con recursos, ni el de la Guerra con hombres suficientes á mantener un encuentro horroroso. El ministro de Negocios Extranjeros se retiró del poder presentando en el acto su dimision. Desde entonces la guerra ha sido asunto muy difícil. Intentada al ganarse la batalla de Sadowah, inminentemente al proponerse la eva-

cuacion del Luxemburgo, en aquel momento de las manipulaciones del príncipe Napoleon (1868) era difícil, muy difícil, rayando casi en lo imposible. Dentro de Alemania misma las dificultades se hubieran allanado para la unidad total de la nacion si los alemanes acertaban á sustituir la iniciativa militar de Prusia con la iniciativa federal de todos los Estados. El príncipe Napoleon, pues, viajaba por su gusto, y paseaba la melancolía de sus grandezas decadentes y de sus ambiciones frustradas por las diversas regiones de Europa, y por esas orillas del Bósforo que son como la vega de Granada ó como la Bahía de Nápoles, uno de los paraísos del Planeta.

El Austria, que era como el objetivo de las excursiones del Príncipe, no podia embarazarse de sus inmensas dificultades. La gran dificultad del Imperio austriaco es satisfacer las exigencias de los diversos estados que aspiran á su autonomía, como el pueblo húngaro. Los eslavos de Bohemia quieren imitar á los magyares de Hungría. La agitacion es cada dia más viva. Los polacos del Imperio austriaco se resignan; pero el dia en que hubiere alguna probabilidad de resurreccion para su antigua nacionalidad, irían á juntarse á ella, porque conservan la unidad de la vida y la unidad del espíritu. El Príncipe Napoleon ha aconsejado á los hijos de Bohemia resignacion, pero ¿dónde? en Pesth, en la capital misma de Hungría autónoma y emancipada. La verdad es que para emancipar Hungría y no emancipar Bohemia, no hay más que una razon, que será de Estado, pero no de justicia; la razon de que Hungría es fuerte, y débil Bohemia. Pero llegará en Europa el dia de los débiles y de los oprimidos, como llegó en América el dia de los esclavos.

El carácter del Príncipe Napoleon es uno de esos caracteres que engendran y sostienen las perversas instituciones monárquicas. Registrad la historia y descubrireis junto á las dinastías de primogénitos que heredan el

poder otras dinastías de segundo-génitos que heredan el odio á los herederos del poder, con los cuales se hallan unidos por los fuertes lazos de la sangre y de los cuales se hallan separados por las terribles inspiraciones de la ambicion. En nuestra historia, por otros conceptos cabaleresca y sublime, se encuentran siempre junto á las dinastías que podríamos llamar fundamentales, otras dinastías que podríamos llamar secundarias, otras dinastías de príncipes, de infantes segundos, que nacen á la sombra del trono, que sienten las tentaciones del trono, que adquieren el ánsia de reinar, que para satisfacer esta ánsia rompen por todo, atropéllanlo todo, ahogan los sentimientos más humanos, aborrecen á las personas más queridas entre los demás mortales, olvidan que son hijos, hermanos, padres, venden la pátria, faltan á sus juramentos, se pasan á los enemigos, no ya de su nacion y de su rey, sino de su fé religiosa, y llenan de sombras la historia, de crímenes la tierra. Testigos: aquel infante D. Enrique, hermano de don Alonso el Sábio, que corre á buscar entre los agarenos aliados de su cólera; aquel otro prin-

cipe que al pié de Tarifa inmola al hijo de Guzman el Bueno; aquel D. Sancho el Bravo que se revuelve en rebelion abierta contra el derecho de sus hermanos y contra la autoridad de su padre; aquellos Trastamaras, nacidos en el adulterio y al trono elevados por el fratricidio. Pues lo mismo sucede en todas las naciones. Alfonso VI de Portugal se ve despojado por su hermano del reino, de la libertad, de la familia; el rey Luis XVI de Francia se ve condenado á muerte por su primo el Duque de Orleans; Carlos X, destronado por su primo Luis Felipe; y Napoleon III y el hijo de Napoleon III, perpétuamente contrariados por el Príncipe Napoleon que ama con furor el trono, el poder, y con furor odia á su propia dinastía, á su propia sangre. Hé aquí una de las grandes ventajas de los poderes monárquicos; sacrifican la naturaleza humana en aras de la conveniencia social, y esta inmolation de la naturaleza engendra tarde ó temprano el crimen dentro de la misma familia que se cree llamada por los privilegios de su rara virtud y de su apellido á reinar sobre la tierra, y á dirigir á los hombres.